

Autor: Juan Carlos F. García

El camino al Cubilete

RESUMEN

Juan Carlos F. García

El festejo por haberse entregado un día entero al fervor mostró que los jóvenes de México, de esta tierra sacra y única, esas almas joviales, todavía tienen a Alguien en quien creer.

ARTÍCULO

El sol aún no se colocaba y varias centenas de camiones formaban hileras extensas que dibujaban oblicuamente los relieves de los cerros leoneses.

Del interior de los autobuses descendían al por mayor jóvenes con playeras distintivas de sus localidades.

Cinco de la mañana y la polvareda matutina se elevaba entre los aires para crear un velo de partículas cromáticas que los reflectores azules, rojos y amarillos reflejaban en muchos de los rostros joviales, que ya se concentraban en la explanada Juan Pablo II. Un grupo de música católica amenizaba el momento, mientras los demás peregrinos se concentraban.

Ahí se realizó la misa de inauguración, misma que fue oficiada por el padre José de Jesús Pérez Negrete, Misionero del Espíritu Santo, oriundo de León, Guanajuato. En ese campo, miles de zagales se mostraban atentos a las palabras del sacerdote que en aquel momento daba por comenzada la 27 Peregrinación al Cerro del Cubilete con el grito: "¡Viva Cristo Rey!".

Mientras tanto, al término de la Celebración Eucarística, el representante del gobierno del estado de Guanajuato, Gerardo Mosqueda, emitió un pronunciamiento que orilló a las primeras huestes a emprender la retirada.

Así, poco a poco fueron partiendo las múltiples organizaciones de fe, que con vítores y pompas, armaban un ambiente sano en aquella mañana tibia.

Unos tantos, como el grupo de la Universidad de Colón de Veracruz, arribaron tarde al punto de encuentro, haciendo alarde de su llegada con tarolas y tambores tan estrepitosos que robaron el ritmo de aquéllos que se dejaron seducir.

Con un sendero pedroso en ascenso, el polvo era un acompañante inseparable que se podía avivar con el paso del viento, que bien proporcionaban los camiones o los aires de ese amanecer casi friolento.

El empedrado se bordeaba de paisajes completamente naturales que brindaban un retrato colmado de cerros. De entre las hendiduras destacaba uno de los más altos. Resaltaba una figura con brazos extendidos, que emulaban la gracia divina.

Ahí estaba la cima, una cima a 15 kilómetros de distancia era el objetivo a alcanzar: el susodicho cerro del Cubilete.

En el andar, grupos como el Santo Niño de Praga de Querétaro o Cristo Rey de Irapuato, arreciaban el paso y dejaban atrás a todos los marchistas que no lograban mantener el ritmo ni el vigor de estos jóvenes, que en su andar gritaban y mostraban semblantes que los identificaban.

Autor: Juan Carlos F. García

Los peregrinos lograban llevar su propio paso y su propio número de acompañantes; existían algunos que acortaban camino, otros que preferían parar y tomar un descanso e hidratarse en alguno de los puestos improvisados que los nativos estratégicamente instalaron, o desistir y pedir un aventón a algunos de los carros que subían.

La imagen panorámica del ascenso era como ver un hormiguero que no se seccionaba en su dirección. Sudados, adoloridos y sedientos, la mayoría de los peregrinos no detenían su caminata, recordaban que tenían como objetivo llegar al cenit del Cubilete y escuchar la homilía de las 12.

Al llegar al sitio mejor conocido como "Las Antenas", el camino se volvía un poco más atractivo y ameno. En esta sección, muy cerca de la explanada donde se celebraría la misa, los puestos ambulantes pululaban y la tentación de los feligreses se corrompía ante un número considerable de puestos de "garnachas" y dulces guanajuatenses.

A medio día y en un espacio donde alrededor de 25 mil jóvenes se daban cita para testimoniar la misa del Arzobispo de León, José Guadalupe Martín, los mensajes de caer en una sociedad sinsentido se interceptaban por los mancebos que atendían despiertos la misa.

En las escaleras, repisas, árboles y en su mayoría, en el suelo, una parte de los jóvenes marchistas prestaban cabal atención a lo que el obispo decía, mientras que otros tantos, bajo los efectos de la fatiga, se recostaban y dormían, en tanto unos menos se desvanecían ante el sol que les pegaba.

Al concluir la misa, el aviso de que 8 millones de rosarios se habían logrado rezar en el transcurso del año que concluyó, arrebató gritos y alardes por parte del congregateo juvenil.

Así, con música amenizada por cuerdas y voces, los presentes comenzaron a diseminarse, mientras que los más hambrientos de fe subieron hasta la estatua de Cristo Rey, al tiempo que alumnos del seminario local, sigilosamente, recogían la basura que muchos de los jóvenes desperdigaron.

La marcha había concluido. El tiempo de recobrar fuerzas y de pasar un buen tiempo se trasladó en camiones hasta el centro de Guanajuato. La colonial ciudad se encontraba atiborrada, las estudiantinas no se daban a basto y los comercios rechinaban con los distintos acentos del país.

El festejo por haberse entregado un día entero al fervor mostró que los jóvenes de México, de esta tierra sacra e única, esas almas de juventud, todavía tienen a Alguien en quien creer.

Para conocer más detalles de la peregrinación al cerro del Cubilete, visita nuestro micrositio http://yoinfluyo.com/mm/index.php?option=com_content&view=article&id=700&Itemid=56

comentarios@yoinfluyo.com

{mos_fb_discuss:13}